

Colección Ariel

N.º 10

PRECIOS:

El número suelto 10 cénts.
La serie de seis números. . . 50 »
La serie de doce números . . . 1 colón
El abono se hace adelantado

BIBLIOTECA ECONOMICA

DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA
en folletos de 32 páginas
CASILLA 533

✓ MÁXIMO GORKI

EL ANUNCIADOR DE LA TEMPESTAD

Léase ARIEL y haga que otros lo lean!

San José, Costa Rica
IMPRESA DE AVELINO ALSINA
1907

POESIAS de José M^a Zeledon (Billo)

En un volúmen se reunirán las poesías más celebradas entre las que ha publicado este joven escritor y otras que ahora tiene en preparación. El ejemplar valdrá 50 céntimos.

Las suscripciones pídaslas al editor de ARIEL.

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

X J. M. Z. de San José y R. B. M. de Heredia, han contribuido con ¢ 5.00 cada uno para la publicación de este n^o 10 de ARIEL.

Sres. Lolo Rojas, en Desamparados, Nicolás Montero y Jorge Tristán en San José: Recibí abono á la serie 7-12.—Sres. Juan J. Ramírez de Poás; José Meléndez M. de Heredia; Arturo Volio, J. J. Vargas C., José M. Robles, Enrique Cordero y Srta. Rosa Garro, de San José, Biblioteca Pública de Heredia: Recibí abono á la serie 8-13.—Sra. María T. v. de Morales de San José: Recibí su abono á la serie 3-14.—Sr. F. M^a Jiménez de San José y Clodomiro Picado F. de Cartago: Recibí abono á la serie 10-21.—Srtas. Rosa y Amalia Villalobos de San Isidro Heredia: Recibí abono á la serie 10-15.—Alberto Vargas P. en Naranjo; Walter Acosta en San Ramón; Ramón Céspedes en Tres Ríos; Manuel Barquero G. en Cartago; Carlos Calvo F. en Alajuela y Maurilio Murrillo U. en Poás.—Recibí abono de núms. sueltos. A todos, gracias.—G. M.

Suscritos á las *Raíces Indogermánicas de la Lengua Castellana* de Brenes Mesén:

Vienen 51.—En San José, Ricardo Solís y Juan Dávila, (2 suscr.) y doña Elena Mesén (2 suscr.)

Suscritos á las *Nociones de Geometría* de P. P. Amaya:

Vienen 38.—En San Ramón: Francisco Mora.—En Atenas: Carlos Pacheco.—Suscritos á ambas: En San José: Elías Leiva, Arturo Torres (2 suscr.), Alberto Quesada y Juan Pollini.—En Heredia:

¿Qué fué?



Los transeuntes se detienen frente las ventanas de la **LIBRERIA DE FONT Y C.^a** y con entusiasmo se enteran de las últimas novedades musicales llegadas:

Aida
Ernani
Norma
Gioconda
El Trovador
Roberto el Diablo +
La Fuerza del Destino
El Carnaval de Venecia
Valses, Mazurcas y Fantasías de Chopin
Lucía de Lammermoor
Baile de Máscaras
Juana de Arco +
La Africana
Lohengrin
Fausto
Marta
Otelo +
etc., etc.

lo mismo que cuerdas para toda clase de instrumentos, clavijas, cañas de clarinete, puentes de violín, dulzainas y **la mar!!**

El final de su carta
es casi la misma
todos los días:



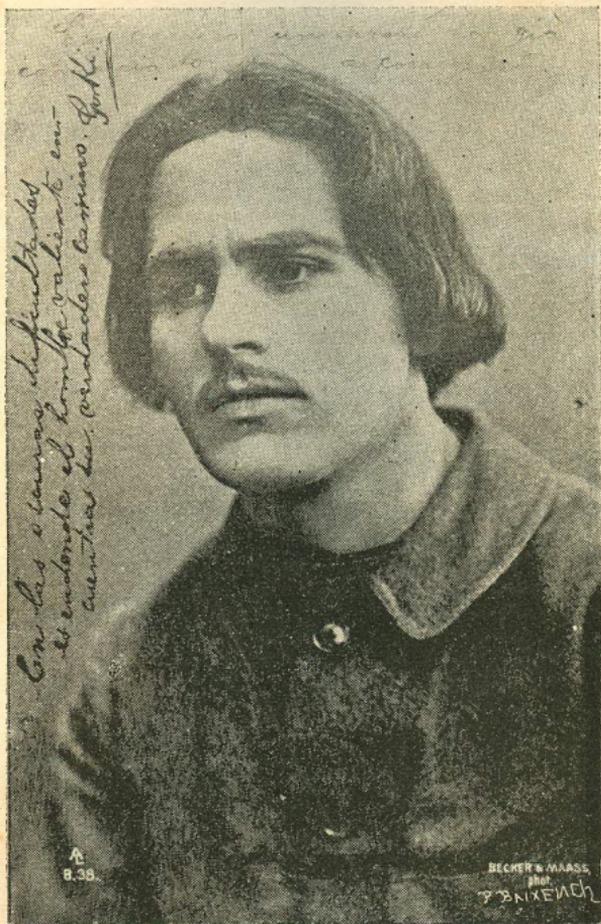
«...y no se olvide mandarme de la casa **Font y Cía.**

una novelita de Carlota Braemé,
un block de papel de cartas de los de 75 cts.
una caja de plumas de las más finitas,
100 sobres como los del otro día,
unos cromos para el comedor,
un librito con su rosario, para oír misa,
un diccionario de bolsillo,
los últimos números del «Dailly Picayune»,
una canastita para los útiles de Elida,
una barrita de lacre,
un lápiz tinta,
un frasquito de tinta de marcar ropa,
un plumero de los finos.»

es decir, de todo, como sabe que **FONT**
VENDE MUY BARATO, no tiene miedo de
hacer la cuenta muy grande.

COLECCIÓN ARIEL

Nº 10



MÁXIMO GORKI

Brillante pensador revolucionario ruso.

Renglones autobiográficos

— Mi padre murió en Astrakán cuando yo tenía cinco años. A la muerte de mi madre mi abuelo me colocó en una zapatería. El me enseñó a leer en el salterio y en el libro de oraciones. Entonces contaba yo nueve años. Me escapé de los estudios y me hice aprendiz de dibujante de donde también me escapé, y entré en el taller de un pintor de imágenes sagradas. Luego serví de ayudante de cocina en un vapor, y después fui asistente de un jardinero, en lo que estuve hasta la edad de quince años, gastando todo mi tiempo en leer asiduamente obras clásicas de autores desconocidos, tales como *Guak* o *Fidelidad inquebrantable*, *Andrés Fearnought*, *Faschka el Asesino*, y otros parecidos.

Mientras estuve de ayudante de cocina en el vapor, el cocinero Smury adquirió poderosa influencia en mi desarrollo intelectual. El me persuadió que leyera las *Leyendas de los Santos*, *Eccarthaussen*, Gogol, Gliieb, Uspenski, Dumas padre y varios libros masónicos. Hasta entonces era yo enemigo jurado de todo libro y materia impresa, incluso mi pasaporte. Después de los quince años me entró la pasión de aprender, obedeciendo á lo cual me fui a Kasán, bajo la impresión de que allí se distribuían los conocimientos gratis a todo el que los deseaba. Resultó muy al contrario, sin embargo, por lo que me coloqué en una fábrica de galletas, ganando una pequeña mensualidad. De cuantas clases de trabajos intenté en mi vida, esta fué la más dura. En Kasán entré en relación con los *Caidos* y viví entre ellos mucho tiempo. Trabajé en los sitios sobre el Volga, unas veces cortando leña, otras haciendo mandados, siempre leyendo cuanto libro me llegaba a las manos, libros que varias personas bondadosas me proporcionaban.

Tan malamente marchaban mis negocios que en 1888 traté de quitarme la vida y me metí una bala en el cuerpo. Largo tiempo languidecí en un

hospital, pero al fin sané y entré en el comercio de manzanas. (*)

El Hombre y el Pensamiento

I

En las horas de cansancio del alma, cuando el recuerdo aviva las sombras del pasado que traspasan de frío el corazón, cuando el pensamiento, como un sol imparable de otoño, ilumina el caos terrible del presente y gira amenazante en un solo lugar, impotente para levantarse más alto, para volar más adelante, en las horas penosas de cansancio del alma, por la fuerza de mi imaginación, evoco ante mi la imagen magestuosa del Hombre.

El Hombre! se diría que el sol fulgura en mi pecho y que en su luz vivísima, el hombre trágicamente bello, inmenso como el mundo, camina, lentamente, adelante y siempre más arriba!

Veo su frente altiva y sus ojos valientes y profundos, y en éstos los rayos del Pensamiento intrépido y potente, de este Pensamiento que ha

(*) Aleksey Maksimovich Pyeshkov (Máximo Gorki) nació en Nijni Novogorod el 14 de marzo de 1868. Su amigo Alejandro Káuschni fué quien primero le sugirió la idea de hacerse escritor. Se estrenó con la novela *Makar Tschudra* en 1892 ó 93, que apareció en el periódico «Kaukas». Hoy su reputación literaria es una de las más distinguidas de Rusia. Sus novelas *Angustia*, *Los Exhombres* y *Malva* son particularmente recomendables.

Con sus escritos ha tomado parte activa en el último movimiento revolucionario de Rusia.

Esta actitud le ha valido el encarcelamiento y la persecución. Hace poco estuvo en los Estados Unidos como propagandista de la causa del pueblo ruso y como tal viaja en la actualidad por Europa (Italia, Inglaterra).

Sus valientes escritos son leídos con entusiasmo por la juventud estudiosa y pensadora de todos los países. La tendencia fundamental de Gorki podría resumirse en estas palabras: *Libertad-Justicia, Luz, Belleza y Respeto para todos.*

comprendido la admirable armonía del universo, de la fuerza sublime que en los momentos de cansancio crea los Dioses y en las épocas de valor, los pisotea.

Perdido en medio del desierto del universo, solo en esta pequeña tierra trasportada con rapidez vertiginosa, no se sabe adonde, en la profundidad del espacio infinito, atormentado con el arduo y angustioso problema del «por qué existe?», marcha valientemente adelante y siempre más alto! en el camino de la victoria sobre todos los misterios de la tierra y del cielo.

Marcha, rociando con sangre su penoso camino solitario y cruel, y hace nacer de esta sangre ardiente imperecederas flores de poesía; transforma artísticamente en música el grito de angustia de su alma turbada: crea por la experiencia las ciencias, e irradiando la vida a cada paso como el sol sobre la tierra con sus rayos benéficos—marcha siempre en alto, adelante! sirviendo de estrella conductora a la tierra.

Armado solamente con la fuerza del Pensamiento, ya semejante al relámpago, ya frío y tranquilo como el hacha, camina el Hombre libre y altivo más ante la gente y más elevado ante la vida, solo, en medio de los enigmas y de la multitud de los Errores que oprimen como un yugo pesado su fiero corazón, hieren este corazón y desgarran el cerebro...

Camina. En su pecho se agitan bajos instintos: la voz del Amor Propio, como un mendigo importuno que exige limosna, envuelve como yedra el corazón, con sus fibras encorvadas y ligaduras y le bebe la sangre caliente y sus fuerzas reclaman a gritos concesiones... todos los Sentidos desean poseerlo, todos están sedientos de su espíritu.

Nubecillas que oscurecen la vida son éstas, y se asemejan al fango del camino o a objetos groseros interpuestos en la ruta.

Como los planetas giran alrededor del sol, así el Hombre está estrechamente circundado por las creaciones de su espíritu fantástico: he ahí el Amor, del que siempre está sediento y la Amistad

que lo sigue cojeando desde lejos; adelante va la Esperanza fatigada; he ahí el Odio lleno de cólera, que hace resonar sobre los brazos las cadenas de la Paciencia; y la Fe, de mirada sombría, que al contemplar su rostro que espresa la rebelion, le tiende silenciosa un lazo.

Cubiertas con harapos de Verdades pasadas, embebidas en el veneno de los Prejuicios, ellas caminan en actitud hostil ante el Pensamiento, le disputan la primacía y rara vez se confunden con él en una llama potente y creadora.

Y allí, cercana, está la eterna compañera del Hombre, la Muerte muda y misteriosa, siempre pronta a darle un beso en el corazon ardiente de vida.

El conoce a todas las personas de esta comitiva inmortal y a veces tambien a otra, la Locura.

Alada, poderosa como el torbellino, ésta le sigue con mirada hostil y con su propia fuerza convierte en ligero al Pensamiento, tratando de retenerlo en una danza salvaje.

El conoce todo este séquito triste de imperfectas, deformes y débiles creaciones de su espíritu!

Solo el Pensamiento es el amigo del hombre, solo él le es inseparable, únicamente la llama del pensar ilumina los obstáculos del sendero, los enigmas de la vida, el crepúsculo de los misterios de la naturaleza y el caos horrible de su corazon.

El compañero libre del hombre, el Pensamiento mira alrededor con ojos vigilantes e ilumina rigurosamente cada cosa: ve las astucias calladas y necias del Amor, el deseo que tiene éste de vencerlo, la veleidad de humillarlo y humillarse y la lúbrica figura del Sensualismo que aparece a sus espaldas; la impotencia de la Esperanza y enseguida la hermana Impostura adornada y embellecida—mentiras vivientes siempre listas a consalar y a engañar con palabras ataviadas.

El Pensamiento ve en el corazon marchito de la Amistad la Prudencia que calcula; el Pensamiento ve la fuerza del Odio y sabe que cortando sus cadenas, destruirá todo sobre la faz de la tierra, no respetando ni las perlas de la Justicia.

El Pensamiento alumbrá en la Fe inmóvil la sed de poder que tiende a esclavizar todos los sentimientos, los artificios ocultos del Fanatismo, la impotencia de sus alas pesadas y la ceguera de sus ojos vacíos,

El Pensamiento entra a luchar hasta con la Muerte.

A él, que de un animal ha hecho el Hombre, que ha creado multitudes de Dioses, de sistemas filosóficos y de ciencias, claves para los enigmas del mundo,—es hostil esta fuerza estéril y amebudo imbécil y mala.

La Muerte es para él semejante a una tramera que vaga por los basurales y recoge en su sucia alforja lo que ya no sirve, lo que está podrido, inútil, deshecho; pero que a veces se lleva también lo sano y fuerte.

Sintiendo el olor de la podredumbre, envuelta en el velo del horror, impasible, impersonal, muda como un enigma severo y negro, se levanta siempre ante el Hombre la Muerte, y el Pensamiento la estudia celosamente, creador y radiante como el sol, lleno de audacia temeraria y de altiva conciencia de inmortalidad!

Así camina el Hombre sedicioso a través de las penosas tinieblas de los enigmas de la vida, adelante y más hacia la cumbre, siempre adelante y siempre más arriba!

II

Helo ahí fatigado—vacila y gime; el corazón espantado busca la Fe y pide a voces las tiernas caricias del Amor.

Y las tres aves generadas por la Flaqueza—el Abatimiento, la Desesperación y la Melancolía, tres aves negras y deformes—se ciernen siniestramente sobre su alma y le cantan con acento triste, le dicen que es un débil gusano inválido, que su conciencia es limitada, que el Pensamiento es impotente, que la sagrada Altez es ridícula y que él morirá, haga lo que haga.

El corazón desgarrado tiembla al arrullo de este canto mentiroso y perverso, y la Duda penetra en el cerebro y brilla en los ojos una lágrima de humillación.

Y si la Altivez no se revela, el miedo a la Muerte arroja con fuerza al hombre en la prisión de la Fe: el Amor, sonriendo victorioso lo atrae entre sus brazos, disimulando con promesas de felicidad la triste impotencia para ser libre y el despotismo ávido del instinto...

Aliada a la Mentira, la tímida Esperanza le canta las alegrías del reposo y el dulce placer de la armonía, y adula con bellas palabras al espíritu soñoliento, arrojándolo en el cieno de la Pereza y entre las patas del Tedio, su progenitor.

Y bajo la sugestión de los sentimientos de corta vista, sacia prematuramente el cerebro y el corazón con el agradable veneno de la Mentira cínica, que enseña abiertamente al Hombre que el único camino es el que conduce al corral de la conformidad tranquila de sí mismo.

Pero el Pensamiento es valeroso y entra a luchar con furor contra la Mentira: el campo de batalla es el corazón del Hombre.

La persigue como enemiga; roe incansable el cerebro, como un gusano; devasta el pecho con la sed; semejante a un verdugo, tortura al Hombre, oprimiéndole inexorablemente el corazón con el frío descorazonamiento de la Angustia después de la ruda Verdad, la sabia Verdad de la vida, como una flor de fuego generada por el Pensamiento y que desarrollándose lentamente es, sin embargo, visible en la oscuridad de los Errores.

Pero si el Hombre es envenenado por la Mentira y no puede sanar, y cree firmemente que no existe el bien más allá de la satisfacción del vientre o del alma, que no hay alegría superior a la saciedad, al reposo y a las comodidades de los minutos de la existencia, entonces, prisionero del Sentimiento triunfante, el Pensamiento pliega tristemente las alas y se adormece dejando al Hombre en poder de su corazón.

Y semejante a nube pestilente, la pútrida Tri-

vialidad, hija del Tedio vil, se arrastra por todas partes sobre el Hombre y envuelve en polvo candente y gris su cerebro, su corazón y sus ojos.

Y el Hombre se pierde, trasfigurado por la Debilidad, en animal sin Altivez ni Pensamiento.

Pero si la Rebeldía estalla en él, despierta el Pensamiento, que de nuevo se pone en marcha hacia adelante, solo, por enmedio de todos sus Errores, solo entre las centellas ardientes de sus Dudas, solo entre las ruinas de las Verdades caducas.

Sublime, altivo y libre. el Hombre mira valerosamente en los ojos a la Verdad y dice a sus Dudas.

—Mentís afirmando que soy impotente, que mi conciencia es limitada! Ella crece! Lo sé, lo veo, lo siento: ella se agiganta en mí! Comprendo el desarrollo de mi conciencia por la fuerza de mis sufrimientos y sé que si ella no creciese, yo no sufriría más que antes.

—Pero a cada paso yo veo, yo siento, yo quiero más y más profundamente este rápido crecimiento de mis deseos y el desarrollo potente de mi conciencia! Y en este momento ella es en mí, semejante a un sol. Yo soy, en el porvenir, el incendio de las tinieblas del Universo! Soy el llamado a alumbrar el mundo entero, a disipar la oscuridad de los misteriosos enigmas para encontrar la armonía entre mí y el mundo, para crear en mí la armonía, y, para, después de haber iluminado el caos oscuro de la Vida sobre esta Tierra que ha sufrido tanto y que está cubierta con una corteza de desventuras, de dolores, de penas y de culpas, arrojar este fango en la tumba del Pasado.

—Soy el llamado a desatar el nudo de todos los Errores y de todas las Culpas que han transformado a los hombres en una grey sanguinaria y repugnante de animales que se devoran los unos a los otros!

—He sido creado por el Pensamiento con el fin de derribar, destruir, aplastar, bajo los pies todo lo que es viejo, mezquino y vil, todo lo que es ma-

lo, todos los obstáculos que se oponen al Pensamiento, a la Libertad, a la Belleza y al respeto hacia los hombres!

—Enemigo irreconciliable de las codicias humanas, yo quiero que cada hombre sea hombre!

—Insensata, vergonzosa y repugnante, es toda esta Vida, en la cual el trabajo esclavo y superior a las fuerzas de los unos desaparece sin dejar huellas, para que los otros estén siempre hartos de pan y de goces.

—Malditos sean todos los Prejuicios, todos los errores y las culpas que han aprisionado el cerebro y la vida de los hombres como en una tela de araña! Yo los destruiré!

—Mi arma es el Pensamiento; y mi inquebrantable fe en su libertad, en su inmortalidad, en el desarrollo eterno de su fuerza creadora, es la fuente inestinguible de mi potencia!

—El Pensamiento es para mí el faro eterno: y el solo verdadero en las tinieblas de la vida, lo veo brillar siempre con más esplendor, alumbrar más profundamente los misterios de los abismos y yo voy envuelto en sus rayos inmortales, siguiendo siempre, siempre adelante y siempre más arriba!

—Para el Pensamiento no existen fortalezas inespugnables ni santuarios incommovibles! El lo crea todo, y esto le da el derecho sagrado, inalienable, de destruir aquello que contraría la libertad de su engrandecimiento.

—Reconozco, sinembargo, que los Prejuicios son los restos de las antiguas Verdades, quemadas en la llama del mismo Pensamiento que las creó en otro tiempo.

—Vendrá el día en el cual se fundiran en mi pecho en una sola gran llama creadora el mundo de mi sensibilidad y mi pensamiento inmortal; y con esto quemaré en mi alma todo lo que es oscuro, cruel y malvado y entonces seré semejante a los Dioses que mi pensamiento crea! Todo está en el Hombre, todo es para el Hombre!

Y helo aquí de nuevo sublime y libre, levantando la frente altanera. Avanza lentamente, pero a

pasos firmes, sobre el polvo de los viejos Prejuicios, solo, en la niebla gris de los Errores. Detrás de él queda el polvo del Pasado y delante está una multitud de Enigmas impasibles que lo esperan.

Ellos son innumerables como los astros en el abismo del cielo, y no hay fin para la ruta del Hombre.

Así camina el Hombre, en lucha eterna: adelante! y más alto! siempre adelante y siempre más alto!

(De la *Revue* de Paris)

El khan y su hijo

«...—En aquel tiempo reinaba en Crimea (*) el khan Massolaima-el-Asvab, que tenía un hijo llamado Tolaik Algalla...»

De tal manera empezó el pobre mendigo ciego su relacion, que era una antigua leyenda rica en recuerdos parecida a las que habitualmente se cuentan en la península. Apoyábase el mendigo tártaro en el tronco de un árbol, y sentados en las piedras, últimos vestigios del palacio del khan, destruido por los siglos, había un grupo de tártaros envueltos en amplios blandanes de color claro y casquetes recamados de oro, que escuchaban, formando círculo, las palabras del narrador. Era por la tarde y el sol bajaba lentamente hacia el mar; sus rayos rojizos atravesaban la sombría masa de verdura que rodeaba las ruinas y se tendían sobre las piedras, cubiertas de musgo y enlazadas entre si por guirnaldas de yedra. Pasaba el viento por el macizo de grandes álamos cuyas hojas murmuraban, como si por el aire corrieran invisibles arroyuelos.

La voz del mendigo ciego era débil y tembloro-

(*) Península al S. de Rusia. En un tiempo perteneció a los tártaros. La gobernaban khanes, vasallos casi independientes de los sultanes.

sa; el rostro parecía esculpido en piedra, y sus ojos no reflejaban nada en sus niñas sino una especie de serenidad; las palabras que parecía recordar de memoria, fluían una tras otra de sus labios, y ante sus oyentes se desarrollaba el cuadro conmovedor de las épocas desaparecidas.

«El khan era viejo, dijo el ciego, pero tenía muchas mujeres en su harén. Querían al viejo a causa de su buen humor y de sus caricias apasionadas y suaves a un tiempo: las mujeres amaran siempre a aquel que así las acaricia, aun cuando tenga canas, aun cuando su rostro esté arrugado; la belleza reside en la fuerza, y no en la piel lisa y en las rosas de las mejillas.

Todas amaban al khan. El, por su parte, sentía particular afecto por una prisionera, hija de un cosaco de las estepas del Dnieper y la acariciaba más amenudo que a las demás mujeres del harén, de su gran harén, donde tenía trescientas jóvenes de distintos países; sin embargo todas eran lindas como flores de la primavera y todas pasaban regalada vida. El khan ordenaba que se les prepararan guisos delicados y sabrosos, y les permitía siempre que se divirtieran bailando y jugando como mejor les pareciese.

En cuanto a la hija del cosaco, que era su preferida, la llamaba amenudo a una torre desde donde se descubría el ancho mar y donde la colmaba de cuidados esquisitos y de todas las dulzuras imaginables: alimentación escogida, trajes preciosos, oro, pedrería, música pájaros raros de lejanas comarcas y caricias embriagadoras.

Se encerraba con la joven en aquella torre durante días enteros, descansando de los cuidados de la vida, seguro, por otra parte, de que su hijo Algalla no comprometería la dignidad del khano. Descansaba en aquel hijo, que corría como un lobo a través de las estepas rusas, y volvía siempre con rico botín, nuevas mujeres, gloria nueva y dejaba en pos de sí, horror y cenizas, cadáveres y sangre.

Una vez, al volver Algalla de una algarada contra los rusos, se organizaron grandes fiestas en

su honor; se invitó a todos los mirzas (1) hubo juegos y festines; para ejercitar la mano, disparáronse flechas a los ojos de los prisioneros, y se bebió a la gloria del bravo Algalla, terror del enemigo y sostén del khanato. El viejo khan sentíase orgulloso de la gloria de su hijo, se le ensanchaba el corazón al ver tal bravura y al pensar que, a su muerte, el khanato tendría un jefe que le regiría con mano firme... Era una gran dicha para el khan, y, como anhelaba demostrar a su hijo su profundo amor, empuñó la copa, durante el festín, y ante todos los príncipes y notables del país, le dijo:

—Eres un buen hijo, Algalla! Gloria á Allah, y bendito sea el nombre de su profeta!

Formando un coro de voces poderosas, todos los presentes glorificaron el nombre del profeta.

El khan continuó:

—Allah es grande. Durante mi existencia ha hecho renacer mi juventud en mi hijo valeroso, y mis ojos de viejo ven que cuando el sol se oculte siempre para mi y roan mi corazón los gusanos, continuaré viviendo en mi hijo. Allah es grande y Mahoma su profeta! Tengo un buen hijo; fuerte es su mano, grande es su corazón, clara su inteligencia... Qué deseas obtener de manos de tu padre, Algalla? Dilo, y te daré cuanto quisieres...

No había aún cesado de vibrar la voz del khan, cuando Algalla, con los ojos centelleantes como el mar durante la noche y ardientes como los de un águila caudal, se levantó y dijo:

—Dame la prisionera rusa, padre y soberano!

El khan quedó silencioso un instante. El que necesitó para ahogar el estremecimiento de su corazón, y contestó con voz firme y recia:

—Tómala! Al acabar el festín será tuya.

El rostro del valeroso Algalla se inflamó, sus ojos de águila reflejaron una inmensa alegría; irguió su alta estatura y dijo a su padre, el khan:

(1) Príncipes tártaros.

—Reconozco el valor de tu regalo, padre y soberano. Se... considérame desde ahora como tu esclavo, toma mi sangre gota a gota, hora tras hora, estoy dispuesto a morir veinte veces por ti.

—Nada quiero, replicó el khan; y su cabeza blanca que coronaba la gloria de largos años de triunfos, cayó sobre su pecho.

Pronto acabó el festín, y ambos, en silencio, uno al lado del otro, salieron del palacio y se dirigieron al harén.

La noche era oscura, detrás de las nubes que cubrían el cielo como un espeso velo, no se veían ni luna ni estrellas.

El padre y el hijo anduvieron largo rato entre las tinieblas. Derrepente, el khan Asvab dijo:

—Mi vida se estingue día tras día, mi viejo corazón late cada vez más débilmente, y el fuego de mi pecho disminuye. Las caricias apasionadas de la cautiva eran la luz y el calor de mi vida... Dime, Tolaik, dímelo, la crees indispensable para tu felicidad? Toma ciento, toma todas mis mujeres pero déjame esa...

Tolaik Algalla calló y suspiró.

—Cuánto tiempo puedo vivir aún? Creo que me quedan pocos días que pasar en la tierra. La cautiva rusa es la última alegría de mi vida... Me conoce, me quiere. Ahora que ya no será mía, quién me amará ya? Quién amará al pobre viejo? Ninguna otra de mis mujeres, Algalla!...

Algalla continuaba callado...

—Cómo podré vivir sabiendo que tu la besas, que comparte tu lecho? Ante una mujer no hay padre ni hijo, Tolaik. Ante una mujer, todos somos hombres, hijo mío... Acabaré en el seno del dolor mis días... Más me valiera que todas mis antiguas heridas se abrieran de nuevo y derramara por ella mi sangre; más me valiera, hijo mío, no haber sobrevivido a esta noche!...

Su hijo continuaba callado... Se detuvieron ante la puerta del harén, y sin hablar, con la cabeza inclinada sobre el pecho, permanecieron largo rato pensativos. En torno de ellos, la noche espesaba sus tinieblas, movíanse las nubes en el

cielo, y el viento meneando los árboles, parecía cantar una canción doliente.

—La amo desde hace mucho tiempo, padre, dijo en voz baja Algalla.

—Ya lo sé... pero ella no te ama... contestó el khan.

—Sangra mi corazón cuando pienso en ella.

—Y crees tu que mi corazón no está lleno de su imagen?

Callaron de nuevo. Algalla suspiró:

—Sin duda el sabio mullah (1) acertó al decir: La mujer es siempre perjudicial para el hombre: cuando es bella, despierta el deseo ajeno y entrega a su marido al tormento de los celos; cuando es fea, su marido siente envidia al contemplar a las demás mujeres, y si no es ni linda ni fea, el hombre la embellece en su imaginación, y al comprender que se ha engañado, padece a causa de ella, a causa siempre de la mujer.

—La prudencia no es un remedio contra el dolor!... dijo el khan.

—Compadezcámonos mutuamente, padre!...

El khan levantó la cabeza y miró tristemente a su hijo.

—Matémosla! exclamó Tolaik.

—La quieres más que a tu vida... contestó lentamente el khan con expresión pensativa.

—Tu también la amas.

Callaron otra vez.

—Sí! yo también! dijo tristemente el khan.

El dolor le convertía en un niño.

—La matamos, pues?

—No quiero dártela! Es imposible! exclamó el khan.

—Y yo no puedo sufrir más; arráncame el corazón, o cédemela...

Calló el khan.

—Echémosla desde la cima de la montaña al mar.

—Echémosla desde la cima de la montaña al

(1) Sacerdote.

mar! repitió el khan como un eco de la voz de su hijo.

Juntos entraron en el harén donde dormía la cautiva, tendida sobre una magnífica alfombra.

Se detuvieron ante ella, y la miraron largo rato.

Por el rostro del viejo khan corrían abundantes lágrimas y caían a lo largo de su barba plateada donde brillaban como perlas. Pero su hijo, con los ojos centellantes, estremecido por la pasión contenida, y apretando los dientes, despertó a la hija del cosaco. Se despertó, y sobre su rostro fresco y rosado como la aurora, sus ojos aparecieron como violetas del bosque. No vio a Algalla y tendió al khan sus labios rojos.

—Bésame, viejo halcón.

—Prepárate... vendrás con nosotros, le dijo suavemente el khan.

Entonces advirtió la presencia de Algalla, vio las lágrimas de su adorador; y como era lista, comprendió lo que ocurría.

—Voy, dijo, voy. Ni de uno ni de otro. Es esto lo que habeis resuelto? He aquí la resolución de hombres verdaderamente fuertes. Ya voy!

Los tres se dirigieron en silencio hacia el mar. Fueron por senderos estrechos; el viento silbaba con furia...

La joven era delicada y se cansó pronto; pero como era orgullosa, no se quejó. Cuando el hijo del khan notó que se quedaba atrás, le dijo:

—Tienes miedo?

Centellearon sus ojos; le lanzó una mirada desdenosa y le mostró sus pies ensangrentados.

—Quiero llevarte, le dijo Algalla tendiendo las manos.

Pero ella enlazó el cuello de su viejo halcón. El khan la levantó como una pluma entre sus brazos, y la llevó; mientras ella, graciosa y cariñosa, apartaba las ramas que hubiesen podido herir sus ojos. Tolaik, que andaba detrás de ellos, dijo a su padre.

—Déjame pasar delante! Siento deseos de clavarte mi puñal.

—Pasa delante. Allah te castigará por tal deseo

o te perdonaré según su voluntad; yo, tu padre, te perdono! Sé lo que es el amor.

He aquí el mar profundo, negro, sin límites. Las olas cantan sordamente al pie de las rocas; un sentimiento de terror penetra en el corazón y le hiela.

—Adios! dijo el khan abrazando a la joven.

—Adios, dijo Algalla inclinándose ante ella.

La cautiva mira el abismo en que cantan las olas y retrocede apretando el pecho con sus manos.

—Échadme al abismo, les dice...

Algalla tiende las manos hacia ella, y gime; pero el khan la toma en brazos, la estrecha sobre su pecho, la besa y, levantándola por encima de su cabeza, la lanza desde lo alto de la roca al mar.

Las olas saltaron con estrépito tan salvaje y lúgubre, que ninguno de los dos oyó el ruido del cuerpo al caer en el agua.

Ni un grito, ni un rumor, nada.

El khan se inclinó hacia el abismo, y miró silenciosamente hacia las tinieblas lejanas, allí donde el mar se confundía con las nubes, allí donde las olas se entrecrocaban a impulsos de las ráfagas del viento que movía la barba blanca del viejo. Tolaik estaba a su lado, oculto el rostro entre las manos, inmóvil y silencioso como una estatua. Pasaban horas, y en el cielo una tras otra volaban las nubes empujadas por el viento. Eran sombrías y pesadas como los pensamientos del viejo khan, tendido sobre la roca que dominaba el mar.

—Vamos, padre, dijo Tolaik.

—Espera... murmuró el khan, que parecía escuchar algo.

Trascurrió más tiempo; las olas se estrellaban contra el acantilado, el viento chocaba contra las rocas y silbaba entre los árboles.

—Vámonos, padre...

—Espera aún...

Muchas veces Algalla repitió estas palabras:

—Vámonos, padre...

El khan no se movía de su sitio, donde acababa de perder la alegría de sus últimos días.

Todo tiene fin. Se levantó fuerte y altanero, frunció el entrecejo, y dijo con voz sorda:

—Marchemos...

Pusiéronse en marcha, pero pronto se detuvo el khan...

—Para que marcharme? Donde voy ahora, Tolaik? preguntó a su hijo. Por qué vivir ahora si toda mi vida residía en ella? Soy viejo y no me amarán ya, y el hombre que no se siente amado, no hay motivo para que viva en la tierra.

—Tienes la gloria y la riqueza, padre.

—Dame uno de sus besos y déjate lo demás en pago. Todo lo que dices son cosas muertas; sólo el amor de una mujer vive. Sin tal amor, el hombre no tiene vida, es un pobre, un mendigo, y son tristes y desdichados sus días. Adiós, hijo mío, que la bendición de Allah caiga sobre tu cabeza y te acompañe durante todos los días y todas las noches de tu vida!...

El khan se volvió, mirando hacia el mar.

—Padre, dijo Tolaik, padre!

Nada más dijo, porque nada puede decirse a un hombre a quien la muerte sonríe.

—Déjame!...

—Allah!...

—El sabe...

El khan se acercó rápidamente hacia el abismo y se precipitó en él. Su hijo no le detuvo, ni le dió tiempo para ello. De nuevo nada se oyó, ni un grito, ni el ruido de la caída de un cuerpo.

Únicamente las olas rugían en la hondura del abismo y el viento entonaba salvajes canciones.

Algalla miró largo rato el mar, y dijo por fin en alta voz:

—Oh Allah! dame un corazón tan firme como el de mi padre.

Y se perdió entre las tinieblas de la noche...

...Así pereció el khan Mossolaima-el-Asvab, y Tolaik Algalla fué khan de Crimea...»

Ante la Vida

Enfrente de la Vida ruda y feroz se hallaban dos hombres desengaños.—Que esperais de mí? les preguntó.

Y uno de ellos habló, con voz cansada:—La crueldad de tus contradicciones me parece irritante; mi espíritu se esfuerza en vano por penetrar el sentido de la existencia, y mi alma está invadida por las tinieblas de la incertidumbre. Mi razon me dice, sin embargo, que el hombre es el sér más perfecto de la creacion...

—Que me reclamas? interrumpió la Vida, im-
pasible.

—Quiero algo de felicidad. Y para ello es preciso que concilies los dos principios opuestos que se reparten mi alma, y que pongas de acuerdo mi *quiero* con tu *debes*.

—No tienes más que desear únicamente lo que debes hacer por mi—respondió duramente la Vida.

—No, yo no puedo desear ser tu víctima. Yo, que quisiera dominarte, estoy condenado a vivir bajo el yugo de tus leyes. Por qué?...

—Hablad con menos énfasis—dijo el que estaba más cerca de la Vida. Pero, sin atenderle, el otro prosiguió:

—Quiero tener el derecho de vivir en armonía con mis aspiraciones. No quiero ser ni el hermano ni el esclavo de mi prójimo por deber; seré su hermano o su esclavo a mi gusto, sin obedecer más que a mi sola voluntad. No quiero que la sociedad disponga de mi como de una piedra inerte que ayuda a edificar las prisiones de su dicha. Soy hombre, soy alma, soy espíritu, y debo ser libre.

—Detente—dijo la Vida con fría sonrisa.—Has hablado mucho, y todo lo que pudieras añadir lo sé de antemano. Pides tu libertad! Y por qué no la ganas? Entabla conmigo la lucha! Se victorioso! Conviértete en mi amo, y yo seré tu esclava. Bien sabes con qué placidez me someto siempre a los vencedores. Pero hay que vencer. Te sien-

tes capaz de combatir conmigo para emanciparte de tu esclavitud? Estás seguro de triunfar de mí? Tienes confianza en tu fuerza?

Y el hombre respondió, con aire desalentado: —Me has arrastrado a un conflicto interior con mi propio yo, has aguzado mi entendimiento, que, semejante al corte de una hoja de acero, se hunde en lo más profundo de mi ser, martirizándome.

—Pues habladle con más atrevimiento, y no os quejeis—dijo el compañero, interviniendo.

Pero el hombre continuaba:—Concédame una tregua tu tiranía. Oh! déjame gustar la dicha!...

La Vida tuvo una nueva sonrisa, semejante al brillo frío de los hielos.—Dime, le preguntó: al dirigirte a mí, exiges o pides favor?

—Pido favor—respondió el hombre como un eco.

—Imploras como mendigo de profesion; pero sábelo, pobre hombre: la Vida no dispensa limosna. Y luego acuérdate de que un ser libre, sin pedir nada, se apodera por sí mismo de mis dones... Tu no eres más que el esclavo de mi voluntad. Sólo es libre el que sabe renunciar a todos los deseos para consagrarse enteramente a un fin elegido. Me has comprendido?... Y ahora, vete!

El hombre había comprendido, y se estendió como un perro dócil a los pies de la Vida, para recoger humildemente las migajas de su festin.

Entonces la mirada turbia de la Vida feroz se dirigió hacia el que todavía no había hablado, y cuyas pesadas facciones parecían llenas de bondad.

—Que vienes a solicitar?—le dijo.

—Yo no solicito: exijo.

—Pero que?

—Donde está la Justicia? Dámela. Yo sabré tomar enseguida todo... por ahora no reivindico más que la Justicia. He esperado mucho tiempo, pacientemente, sufriendo en la noche sin descanso. He esperado... Pero ha llegado la hora. Dónde está la Justicia?

—Tómala, respondió la Vida, imposible.

Una... que ya no existe

«Era, hermano mío, una pequeña, una graciosa muñequita...»

Cada vez que estas palabras me vienen a la memoria, veo reir en el pasado dos pares de ojos medio cegados por la edad, con espresion de amor, de compasion tranquila y sincera; oigo dos voces temblorosas de ancianos, afirmando las dos que «Ella» era una «pequeña, graciosa muñequita...»

Al recordar esto, mi alma se siente feliz y ligera; es uno de los más bellos y refrescantes recuerdos que me quedan de mis numerosos años de vagancia por las tortuosas vías de mi patria.

Volvía de las estepas, por la otra orilla del Don, y me encaminaba hacia Voronega, cuando encontré a los dos viejos peregrinos. Estaban casados y podían muy bien contar ciento cincuenta años entre los dos. Andaban tan torpe y lentamente, arrastraban de una manera tan pesada sus calzados de tilo por el caliente polvo del camino, y tenían en sus ropas, así como en su rostro, algo tan especial, que enseguida se experimentaba la impresion de que venían de muy lejos.

—Venimos, con ayuda de Dios, del distrito de Torbolsk,—me dijo el viejo, confirmando mi suposicion.

Y la vieja me miró con sus bondadosos ojos que algun tiempo fueron azules. Sonrió amistosamente y añadió suspirando:

—Somos del pueblecillo de Lissaya, de la fábrica de Nikolsk.

—Entonces, Uds. estarán cansados de tanto andar...

—Cansados?... No mucho... Aun podemos caminar. Se avanza sin gran trabajo con ayuda de Dios...

—Han hecho ustedes algun voto, o bien es el celo religioso el que les impele en sus viejos días?

--Hemos hecho un voto, hermano, una promesa

a los santos y a Dios, en Kief, de ir a Solovetzk (1).

—Si,—continuó el viejo.—Más bien podemos descansar un poco,—añadió volviéndose hacia su compañera.

—Como gustes,—asintió ella.

Y los tres nos sentamos a la sombra de un sauce, al borde del camino.

Hacia calor, el cielo estaba sin nubes; la carretera se perdía delante y detrás de nosotros, a lo lejos velada por vapores pesados. Alrededor todo estaba triste y solitario. A los dos lados del camino estendíanse campos de centeno, inmóviles y secos.

—El centeno se presenta mal,—dijo el viejo tendiéndome unas espigas que acababa de arrancar. El suelo está aquí completamente agotado.

Hablamos de agricultura y de la sujecion en que el aldeano se encontraba con respecto a la tierra.

La vieja nos escuchaba suspirando, y de tarde en tarde colocaba una palabra en la conversacion.

--He aquí una cosa que habría convenido a nuestra pequeña si viviese aún,—dijo de pronto, paseando una mirada por los escuálidos centenales. Aquí hubiera sabido enseñar!

—Si, hubiera encontrado el medio de sacar de apuros a los aldeanos de este país, dijo el anciano con un movimiento de cabeza.

Luego se callaron los dos.

—De quién hablaban ustedes? les pregunté.

El viejo se rió bondadosamente.

—De una... que ya no existe, contestó.

—Vivía con nosotros, en el pueblo, en nuestra casita...—Era de noble alcurnia, agregó la vieja

Entonces se pusieron a referir, primero lentamente, luego cada vez más aprisa, mirando los dos con obstinacion, soltando sus frases uno tras otro.

—Era una pequeña, una graciosa muñequita...

—Había sido desterrada a nuestra comarca... las autoridades la habían llevado allí... Quería,

(1) Lugar del distrito de Arkangel al cual es corriente ir en peregrinacion.

según parece, el bien para todos... para los pobres... Y eso no está permitido... Y la dulce criatura fué desterrada...

—Cuando entró en nuestra casa estaba encarnadísima a causa de la helada y temblaba de frío.

—Era una pequeña, una graciosa muñequita...

—La instalamos pronto junto a la estufa...

—Y nuestra estufa es grande y caliente...

—Luego le dimos de comer...

—Y ella se echó a reír...

—Y sus pequeños ojos eran tan negros como los de un ratón...

—Y cuando hubo descansado, púsose a llorar.

—«Mil gracias, buenas gentes!» dijo.

—Y enseguida se puso a trabajar! exclamó el viejo riendo muy fuerte y parpadeando de gozo.

—He aquí que rueda por la casa como una pelota, que lo remueve todo... «La palangana de freír! dice. Hay que sacarla!» Y ella misma la arrastra, con sus bracitos, hacia el patio... Y los cochinitos hubieron también de abandonar la sala; los cogió, los besó en la patita y los sacó fuera...

—Ja, ja, ja!

Los dos reían a carcajadas y podían apenas recobrar alientos.

—Aun no había pasado la semana, cuando todo lo había trastornado.

—Lo que nos hizo sudar!

—Y ella reía, hacía ruido, pateaba el suelo...

—Hasta que derrepente, se ensombreció y tuvo miedo.

—Quería morir a toda costa.

—Lloraba hasta partir el corazón, sin cesar, sin cesar... Nos inquietamos, la preguntamos: «Pero qué tienes? Dí! qué tienes?» Imposible explicarse lo que le ocurría. Y a la postre sollozamos nosotros con ella sin saber por qué... la acariciamos y lloramos los tres.

—Era como nuestra propia hija. La amábamos tanto como a nuestros hijos,—añadió el anciano.

—Vivíamos solos en nuestra choza... Teníamos un hijo en el ejército; el otro trabajaba en las minas de oro, prosiguió la vieja.

—Podía contar unos diez y ocho años, no más

—Y parecía tener solamente doce!

—Anda esta! Qué estás diciendo? Estaba bien robusta. Y si era pequeña, ella no tenía la culpa...

—He dicho yo lo que he dicho para criticarla? De ningún modo! replicó la vieja con bondad.

Luego se callaron y quedaron sumidos en sus recuerdos.

—Y que fue lo que ocurrió? pregunteles al cabo de un instante.

—Que ocurrió? Nada, hermano, dijo el viejo con un suspiro. Ya no existe... Una fiebre ardiente nos la arrebató!

Dos pequeñas lágrimas corrieron por sus mejillas arrugadas.

—Si, hermano, ha muerto... Vivió con nosotros sólo dos años... Todo el pueblo... no! toda la comarca la conocía. Sabía leer y escribir y enseñó a nuestros convecinos... Iba tambien a las reuniones comunales y hablaba en ellas... Ah! cómo gritaba a veces!... Era una joven inteligentísima... y, lo que es aún mejor, una verdadera alma de muchacha! un alma de ángel! Para todo tenía corazón, todo la conmovía! Y cómo entendía en agricultura! «Dónde has aprendido todo eso?» le preguntábamos. Y ella nos contestaba: «Pues en los libros.»

—Era pequeñita, pequeñita, y sin embargo era para nosotros un ama, una consejera. Tambien cuidaba a los enfermos. De día, a veces de noche, los iba a ver, dábales remedios, hablábales dulcemente, con infinita bondad. Y he aquí que derrepente ella cae muda a su vez, que yace sin conocimiento y delirante... Y mientras íbamos a buscar al sacerdote murió, la buena, la santa!

Diciendo esto, nuevas lágrimas corrieron por las mejillas de la vieja.

Y yo esperimenté entonces un estraño sentimiento de bienestar, como si hubiese llorado por mi.

—Todo el pueblo fué a la puerta de nuestra casita... Es posible que no exista ya? gritaban las

gentes. «Ah, pobrecilla, pobrecilla!» Todos la amaban tanto!...

—Era una niña tan buena! El pueblo entero acompañó su ataud. Quince días después—era precisamente en cuaresma,—decidimos emprender una peregrinacion a fin de orar por ella. Los vecinos trabajaron tambien para convencernos. «Id, nos dijeron. No teneis nada que hacer, sois ancianos, y eso os será tenido en cuenta en el cielo.» Y entonces partimos...

—Y han hecho ustedes todo el camino a pié?

—No, todo no, hermano... Somos demasiado viejos para eso... Cuando alguien nos lo ha ofrecido, hemos ido en carreta, luego, otra vez, lentamente, a pie, tan ligeros como podíamos... Ah! si hubiésemos tenido «sus» piernecillas, ya sería otra cosa!

Y nuevamente se pusieron a hablar de la que ya no existía, de su «pequeña, graciosa muñequita», que había muerto de una ardiente fiebre.

Hacía muy bien dos horas que estábamos allí sentados, charlando, cuando un aldeano de la pequeña Rusia nos alcanzó con su carreta.

Respondió a nuestro saludo, nos contempló un instante y dijo a los dos ancianos:

—Monten ustedes, abuelos. Los llevaré hasta la próxima aldea.

Ellos tomaron asiento a su lado, y todos desaparecieron tras una nube de polvo. Yo me levanté y los seguí lentamente.

Durante largo tiempo pensé después en aquella anciana pareja, que había franqueado miles de verstas para ir a rezar por una muchacha que había por casualidad vivido en su vida y había despertado en su corazon el sentimiento del amor.

Un libro molesto

Ya no soy un muchacho, caballero: ya he cumplido los cuarenta. Conozco la vida muy a fondo

y nada me queda que aprender de nadie. Tengo una mujer, tengo un hijo, y para crearles un bienestar he arrimado el hombro desde muy joven.

Arrimar el hombro a la carga no es cosa muy agradable. Pero aquellos tiempos no volverán afortunadamente. Ahora descanso de mis fatigas, caballero: ahora descanso de verdad.

Y para entretener mis ociosidades, leo. El hombre civilizado goza leyendo. Me gustan los libros, y me hacen pasar muy buenos ratos. Pero no pertenezco a la categoría de los curiosos que se arrojan sobre cualquier libro, como un hambriento sobre un pedazo de pan, ansiosos de hallar una frase nueva, una lección de la vida.

Ya sé como se vive; sí; ya lo sé, caballero.

Escojo mi lectura entre los buenos libros, morales y sentimentales. Me gusta que su autor presente la parte dulce y luminosa de la existencia, que todo lo pinte con bellos colores.

Los que fuimos víctimas del trabajo rudo, buscamos en la lectura un consuelo. Un libro debe procurarnos una sensación semejante a la que produce al niño el vaiven de la cuna cuando le duerme. Caballero: esta es mi opinión.

Por derecho inviolable me corresponde un descanso formal. Quien osaría decirme que no?

Pues, un día, compré un libro de cierto escritor en boga.

Lo compré, llevándolo a mi casa por la noche. Cuidadosamente corté las hojas y di principio a la lectura.

Debo anticipar que ya sentía yo cierta desconfianza. No creo en esas reputaciones de última hora. Me satisface Tourguenef, (*) porque lo dice todo con agrado y dulzura. Leyéndole, siento algo como si tomase una copa de leche succulenta, y se me ocurre pensar: «En otro tiempo sucedían así las cosas, hoy suceden ya de otra manera; esto pasó». También me gusta Goutcharof con su talento reposado, contundente y persuasivo.

Comencé mi nueva lectura... Qué demonio? Un

(*) Tourguenef y Goutcharof son escritores rusos.

lenguaje oportuno, mucha concision, mucha independencia, todo equilibrado perfectamente. No iba mal. Acabada la primera narracion, comencé a reflexionar.

Un dejo triste... pero se podía seguir leyendo sin cuidado. No había rudezas, ni malicias disfrazadas, ni alusiones burlonas a las clases pudientes; ninguna tendencia de las que ofrecen a los miserables como un modelo de todas las perfecciones y de todas las virtudes. Nada impertinente, y todo muy sencillo, muy agradable todo.

Leí otra narracion. Bien, muy bien. Bravo! Adelante!... Dícese que cuando un chino quiere librarse de un enemigo, le ofrece confituras de jengibre. Son dulces deliciosos, de un sabor exquisito, y se paladean con placer inenarrable, hasta el momento fatal. Pero, cuando llega «el momento fatal», se desploma el hombre, como un tronco, envenenado, y todo acaba. Deja de comer para siempre y se lo comen los gusanos.

Algo semejante me ocurrió con mi libro. Ya en la cama, de un tirón acabé su lectura, y apagando la vela me dispuse a dormir. Estaba comodamente acostado; me acompañaba el silencio y el reposo absolutos.

De pronto, sentí algo extraordinario y me pareció que sobre mi, en la oscuridad, zumbaba un enjambre de moscas importunas, de las que se posan a un tiempo en las mejillas, en la nariz, en las orejas y en la barba. Sus patitas producen un cosquilleo irritante.

Abrí los ojos. No veía nada. Pero algo triste y desconsolador turbó mi espíritu. Recordé involuntariamente mi lectura y se alzaron ante mi vista sus personajes como sombras. Gentes abatidas, morigeradas, por cuyas venas la sangre no corre y cuya vida es triste y estúpida.

No pude conciliar el sueño.

Comencé a discurrir: «He vivido cuarenta años; cuarenta; cuarenta. Mi estómago funciona mal. Dice mi mujer que soy... Hm!... que no la quiero tan apasionadamente como cinco años atrás. Mi hijo es un imbécil; cada vez saca peores notas;

perezoso, no se ocupa más que de patinar y de leer libros idiotas... He de revisar esos libros. La escuela es una institución atroz: embrutece y corrompe a los niños. Mi mujer tiene ya pata de gallo en los ojos y aún presume. Lo que yo trabajo en la oficina es, en el fondo, una obra estéril, perfectamente inútil, analizándola con serenidad.

Y, en resumen, toda mi vida... en pura lógica...»

Tiré de las riendas a la imaginación y abrí los ojos. Diablos! Qué fantasmagoría es esa?

Cerca de mi cama, un libro seco, delgado, sobre delgadas piernas, movíase inclinando la cabeza con signos de aprobación y con el roce suave de sus páginas, me decía:

—Se lógico!

Era su rostro alargado, furioso y triste a un tiempo, y sus ojos, brillantes, deslumbradores, me atravesaban y me decían:

«Reflexiona un poco, reflexiona tranquilamente: para qué has vivido cuarenta años? Qué diste a la vida en ese tiempo? Ni una sola idea germinó en tu cerebro: no produjiste ni siquiera una frase original en cuarenta años. Nunca se alzó en tu corazón un sentimiento sano y poderoso, y hasta enamorándote, pensabas: me resultará cómoda esa mujer?

Empleaste media vida en instruirte y la otra media en olvidar lo que habías aprendido. No tuviste más preocupación que tu bienestar, muchas comodidades y buena comida. Eres un hombre nulo, insensible, superfluo sobre la tierra, y nadie necesita de ti.

Cuando mueras, qué memoria quedará de tu vida? Ninguna! Como si no hubieras nacido!»

Y el infame libro, abalanzándose, me oprimía el pecho. Sus páginas, cubriendo mi rostro, murmuraban:

«Hombres como tu abundan, los hay a cientos de millares en el mundo. Vuestra existencia transcurre como la de las carcomas en sus roídos agujeros: por vosotros la vida es torpe y gris».

Yo escuchaba este razonamiento y me parecía que unas manos delgadas y frías penetrando hasta mi corazón lo palpaban. Sentíme angustiado, abatido: una inesplicable inquietud embargó todo mi ser.

Jamás la vida se me apareció tan clara como entonces: la creí un deber degenerado en costumbre; mejor dicho: vivía sin pensar. Vivía. Pero aquel estúpido libro me pintaba la existencia con insoportables colores, molestos y lúgubres.

«Los hombres padecen, desean algo, aspiran a conseguir algo y a ti sólo te mueve tu comodidad. Ni sabes procurarte goces, ni se los precuaras a nadie. Para qué vives?»

Con estas preguntas me irritaba, mordiéndome, royéndome, no dejándome dormir. Y el hombre debe dormir caballero.

Desde las páginas del libro, los ojos de sus personajes, penetrando como alfileres en mi, repetían:

—Para qué vives?

—«Qué os importa?—hubiera querido contestarles—pero no podía. Murmuraciones indiscretas, susurros molestos, resonaban en mis oídos. Me pareció que arrastraba mi lecho el océano de la vida columpiándome sobre las crestas de sus olas. Los recuerdos provocaban en mi algo semejante al mareo. Jamás he pasado una noche tan agitada.

Y, ahora pregunto: qué utilidad puede tener para el hombre un libro que preocupa y quita el sueño? Un libro debe alentar mi fantasía, pero si llena de alfileres mi colchon, de qué me sirve? Dígamelo, si le place.

Hay que retirar de la circulación semejantes libros, caballero; porque sólo necesita el hombre que le ofrezcan impresiones agradables... Vaya! Las desagradables ya se las crea él mismo.

Cómo terminó aquello? De una manera muy sencilla. Por la mañana, me levanté irritado, irascible como un demonio; cogí el volumen y lo llevé a casa del encuadernador.

Me lo encuadernaron con unas tapas gruesas y duras. Lo puse en la tabla inferior de mi librería,

y cuando estoy satisfecho, lo toco suavemente con la punta del pie y le pregunto:

—Quién tenía razón? Quién ha vencido? Eh?...

Leyenda Valaca (*)

A la orilla de un río, en un bosque de matones, vivía un hada. Ella se sumergía amenudo en las ondas del río, pero una vez, olvidando su habitual prudencia, cayó en la red de unos pescadores.

Se asustaron los pescadores de aquella captura, pero no había que temer, porque entre ellos estaba el joven Marko. El cual aprisionó al hada bella y la cubrió de ardientes besos. Pero el hada, como una flexible caña, se retorció entre los brazos potentes de Marko y lo miraba fijamente en los ojos, riendo con dulzura, sin que él pudiera explicarse el motivo.

Durante todo el día ella colmó a Marko de caricias, pero apenas se acercó la noche, el hada locuela desapareció. La tristeza heló el alma de Marko y durante días y noches vagó por el bosque de matones del Danubio, siempre buscando, suspirando siempre: «En dónde está el hada mía?»

Y las ondas, sonriendo, le contestaban:—No lo sabemos.

Pero él les gritó: Mentís; vosotras, ondas, jugais con ella!

Y el mozo tontuelo se arrojó al Danubio para unirse a su hada...

...Se baña el hada en el Danubio como se bañara otros días, antes de Marko... Y Marko ya no existe más... Pero todavía una cancion perpetúa su recuerdo.

Y vosotros, vosotros vivireis sobre la tierra vuestra vida como la viven los gusanos ciegos. Nadie contará una leyenda sobre vosotros, nadie entonará una cancion en vuestra memoria.

(*) Leyenda de Valaquia, uno de los principados de Rumanía.

Parábola de la tierra justa

Este era un hombre que vivía sólo de la profunda fe en un *país justo* que debía existir en algún ángulo de la tierra. Y por más infeliz que fuera, por más grandes que fueran los sufrimientos que debía padecer en su vida, lo soportaba todo con paciencia en nombre de su fe.

—Esperad, decía. Cuando haya concluido de sufrir la parte que me toca, me iré al país justo.

Una convicción profunda de la existencia de este país, y de la posibilidad de llegar a él alguna vez, sostenía a este hombre. Pero un día llegó a la ciudad endonde él habitaba un hombre sabio que traía consigo muchos libros y muchos mapas. Nuestro hombre vino a verlo y le pidió que buscara en sus atlas el país deseado y le indicara el camino que a él conducía.

El sabio desarrolló sus mapas y se puso a buscar el país justo. Busca, rebusca, siempre busca sin poderlo hallar. Todos los países están indicados, menos el país justo.

Y le dice al hombre que suspira por un país de justicia:

—No hay tal país!

—Imposible! Búsquelo mejor.

Y el sabio se puso de nuevo a buscarlo, pero en vano.

—No existe.

—Debe existir! Entonces para que sirven tu ciencia y tus libros y tus mapas, si no puedes hallar la tierra de justicia? Debe existir!

Pero el sabio renunció a buscar más: sus mapas no mencionaban el país justo. Entonces el hombre que en silencio había sufrido toda su vida y que hasta entonces se había resignado a todas las torturas en nombre de su fe por un país justo, golpeó al sabio una, dos, tres veces.

Enseguida lo abandonó y se fué a ahorcar.

El Reloj

Tic tac, tic tac!

De noche, en el silencio y la soledad, que lúgubre y con que imparable elocuencia resuena el golpe repetido e incesante del reloj! Aquella monotonía mide con asiduidad una cosa, siempre la misma: el impulso perseverante de la vida. La sombra y el sueño rodean la tierra; todo calla: sólo el reloj señala, frío y sonoro, la fuga del instante... En su esfera se lee que la vida se va acortando irrevocablemente de un segundo, de una parte mínima del tiempo de que disponemos, de un átomo que ya no volverá. De donde vienen los minutos y donde se hunden? Misterio! Muchas preguntas, esa una de ellas, quedan sin respuesta: he aquí otra, más grave aún, de la cual depende nuestra felicidad: Como se ha de vivir? Que ha de hacerse para considerar necesaria la propia vida? Como se ha de conservar vivo el deseo y activa toda fe? Como se logrará que no pase un minuto sin conmover nuestro corazón?... Responderá el reloj a esta pregunta? Que dirá con su movimiento asiduo y rítmico?

Tic tac, tic tac!

Nada hay en el mundo más implacable. El reloj señala con indiferencia la hora del nacimiento y la en que brotan las flores de la juventud soñadora. Cuando os sobrevenga el último estertor, el reloj contará con ritmo invariable y tranquilo los segundos de vuestra agonía. En aquel cálculo hay algo de conciente, casi un desaliento de demasiado saber. Nada le conmueve nunca. Es esencialmente indiferente, y si nos place vivir aquí, forzoso nos es crearnos otro reloj lleno de acción para sustituir al reloj opresor y monótono que golpea tranquilo y seguro y abate de languidez el ánimo.

Tic tac, tic tac!

En el perenne movimiento del reloj no hay pun-

to fijo. Qué es el presente? Nada! Tras un segundo apunta otro que lanza el anterior al abismo de lo desconocido.

Tic tac! si sois felices... *Tic tac!* si el dolor envenena vuestra vida, si no os esforzais en llenar todos los segundos con algo nuevo y vivificante. El dolor seduce; constituye un peligroso privilegio; en él, estendido por todas partes, buscamos generalmente un punto superior a la dignidad humana. Golpea tan fácilmente, que casi no despierta la atencion de nadie; por eso nos inclinamos a acariciarlo. Se necesita llenar el alma de pensamientos raros y originales, no es verdad? El dolor es un valor desacreditado. Es inútil lamentarse de la vida a quien quiera que sea; las palabras de consuelo son las que espresan lo que el hombre anhela. La vida es más intensa e interesante cuando el hombre lucha contra los obstáculos que se le oponen, y en la lucha pasan inadvertidas las horas de fastidio o de pena.

Tic tac, tic tac!

La vida humana es muy breve. Cómo vivir?

Unos se alejan de la vida, otros se dedican a ella con afán. Aquellos, en su vejez, serán pobres de espíritu y de recuerdos, éstos serán ricos. Unos y otros morirán; sólo dejarán sus huellas los que hayan dado francamente a la vida lo mejor de su inteligencia y de su corazon. Cuando murais, el reloj batirá fielmente los segundos de vuestra agonía, *tic tac!* Durante aquellos segundos nacerán otras criaturas en gran número, y nada quedará de vosotros escepto vuestro cuerpo putrefacto y hediondo. No se rebela vuestro orgullo contra esa creacion que os arroja a la vida únicamente para haceros desgraciados? Reforzad vuestra memoria de la vida; sed orgullosos si os ofende la sujecion fatal al misterio del tiempo.

Pensad en vuestra parte en la existencia. Un ladrillo se ha moldeado y se ha inmovilizado en un edificio, después ha caído, se ha deshecho y el polvo que lo formaba se ha dispersado. Pobre y triste destino de un ladrillo, verdad? Pues procurad no pareceros a él, ya que teneis corazon y

cabeza, si quereis pasar horas buenas, ricas de sensaciones y de pensamientos.

Tic tac, tic tac!

Si calcularais la parte que os corresponde en el movimiento infinito, tendríais conciencia de vuestra nulidad. A qué revelárosla! Valga esta indicacion para encender en vuestro pecho el orgullo, el odio contra una vida humillante, para suscitáros el impulso de declararle la guerra. En nombre de qué? Cuando natura privó al hombre de la facultad de andar a cuatro patas, le cargó con una cruz: *el ideal!* Y desde entonces el hombre tiende inconcientemente, por instinto, hacia lo mejor. No os quejeis de impotencia, no os lamentéis nunca. El lamento no produce más que la piedad, la limosna del pobre de espíritu.

Todos los hombres son igualmente infelices, pero el que hace ostentacion de su desventura es además miserable. El que más se esfuerza por atraerse la atencion es el menos digno de que los demás se fijen en él. Progresar siempre, he ahí el objeto de la vida. Si ésta se convierte en un esfuerzo contendrá en si horas de pura belleza.

Tic tac, tic tac!

—Para qué le fue dada la luz al hombre que sigue un camino obstruído que Tu rodeaste de tinieblas? preguntaba el viejo Job al Eterno.

Nadie piensa ya en ser hijo de Dios ni en si ha sido o no hecho a su imagen y semejanza... Nadie le hablará con el lenguaje de Job. Hoy los hombres se estiman en poco. Apenas aman la vida, pero mucho a si mismos, y con ignorancia. Sin embargo, temen la muerte aunque sepan que es inevitable. Lo inevitable es ley para todos. El hombre muere desde su aparicion en la tierra; ya podría haberse acostumbrado. La conciencia del deber cumplido puede anular el terror de la muerte; y el camino de la vida honradamente cumplido puede asegurar un fin tranquilo... *Tic tac!...*

Tic tac, tic tac!

En realidad todo es sencillísimo en este mundo lleno de contradicciones, de mentira y de rabia. Y todo sería mucho más sencillo si los hombres se

examinaran recíprocamente y si cada uno tuviera un amigo verdadero.

El hombre solo, por grande que sea, es poca cosa. Es indispensable entenderse entre nosotros, porque todos hablamos con menos claridad que pensamos. El hombre no tiene la palabra necesaria para mostrar a los otros el fondo de su corazón; por eso los altos conceptos, los pensamientos más importantes, los que más interesan a la vida se desvanecen sin dejar huella por carecer de forma adecuada al espresarlos. Surge un pensamiento, se le quiere encarnar en palabra nítida, fuerte, pero esa palabra no existe.

Estad más atentos al pensamiento. Aplicadlo a vivir, a producir, y vuestros esfuerzos seran remunerados. En todo y donde quiera que sea, siempre prevalecerá el pensamiento. Lo leereis claramente, si quereis, en las grietas de las piedras. Podemos ser dueños de la vida en vez de ser sus esclavos: de nosotros depende. Basta tener deseo de vivir y la conciencia orgullosa de nuestra fuerza, para que la vida se nos ofrezca al momento bella y grande, llena de potencia intelectual y de actividad noble.

Tic tac, tic tac!

Honor a los valerosos, a los de alma fuerte, a los que sirven a la Verdad, a la Justicia, a la Belleza. No los conocemos porque son orgullosos y no se nos muestran; no vemos con qué alegría resplandece su corazón; lanzando sobre la vida un rayo de luz deslumbradora, nos ciegan. Que los ciegos, el número infinito de los que no ven, vean; que cada uno vea con horror y espanto cuán ruda, injusta y monstruosa es la vida. Si, honor al hombre que se posee; él encarna todo el mundo en su corazón, todo el sufrimiento humano en su alma. El cieno y la iniquidad de la vida, la mentira y la crueldad son sus enemigos. Todas sus horas las emplea en una lucha generosa, y sus días rebosan de impetuosa alegría, de noble ira, de decisiones heroicas... No economizarse, he ahí la más alta, la más bella sabiduría. Si, honor al que no sabe economizarse. Sólo existen dos

maneras de vivir: la putrefaccion y la combustion. Los avaros, los bellacos, eligen la primera; los fuertes, los generosos, la segunda. Bien se ve quienes pueden ser los que aman la Belleza y la Majestad. Las horas de la vida son vacías y tristes. Colmémoslas de nobles actos, sin economizarnos, y viviremos horas magníficas, profundamente sensacionales, ardientemente orgullosas... Una vez más: Honor al que no sabe economizarse!

Melodías primaverales

Al pie de la ventana de mi dormitorio, en el jardín, sobre las desnudas ramas de las acacias, brincan los pájaros, conversan animadamente, mientras que, sobre el techo de la casa vecina, un cuervo, escuchando la charla de lasavecitas grises, sacude con gravedad la cabeza.

Soplos de aire tibio, vestidos de luz, conducen hasta mi pieza todos esos susurros y yo siento, con el diálogo de los pajaritos, la voz rápida y clara del arroyo, el suave ruido de las ramillas, la queja de los pichones bajo la cornisa de mi ventana.

Y la dulce música primaveral invade mi alma.

—Chip! chip! chip! dice un viejo pajarraco a sus compañeros. Ha vuelto la primavera, verdad? Chip! chip!

—Si, si, ha vuelto, ha vuelto, responde un cuervo alargando graciosamente el cuello.

He observado mucho este pájaro curioso. No hay peligro de que él cambie su respuesta: siempre es breve y afirmativa. Es no solo estúpido por naturaleza, sino también muy miedoso, como la mayoría de los cuervos por lo demás.

En la sociedad pajaril goza de cierta consideración, y cada invierno organiza una obra de beneficencia a favor de los pichones viejos.

También he observado los pájaros. Aunque parecen frívolos, hasta liberales, en el fondo saben

muy bien lo que hacen. Saltan alrededor del cuervo con ademanes respetuosos, pero conozco bastante bien su valor y oportunamente cuentan historietas más que picantes de su conducta.

Pero sobre la cornisa un pichon joven se entretiene ardientemente con una joven paloma, muy pudorosa.

—Moriré, dice él, moriré de pena si tu no correspondes a mi amor...

—Sabeis que los canarios estan juntos? anuncia un pájaro.

—Lo sabemos, lo sabemos...

—Oh! lo notamos enseguida. Gritan, dan vueltas, charlan, son pájaros inquietos...

—Las cazadoras tambien han llegado, y como de costumbre detrás de los canarios, eh! eh! Ayer, bromeando, le dije a una de ellas: «Y bien, con que todas estais en plena libertad?» Me respondió con una insolencia. Estos pájaros no tienen respeto alguno ni por el Estado ni por la posicion social; y esto que yo soy un pájaro de Corte!

Derrepente, detrás de la zanja del camino, surge un cuervo joven que refiere en voz baja:

—Escuchando siempre con atencion, obligado por el servicio, las conversaciones de los habitantes del aire, del agua y de la tierra, y atisbando sus gestos, debo anunciaros que los canarios charlan con mucho entusiasmo sobre cosas de honor y hasta se atreven a esperar el reciente renovamiento de la naturaleza.

—Chip! chip! dice el pájaro dirigiendo miradas inquietas al delator, mientras el viejo cuervo balancea la cabeza con un aire que manifiesta sus buenas intenciones.

—La primavera? Pero si ya la hemos tenido, ella ha venido muchas veces, dice el pájaro. En cuanto a este renovamiento de la naturaleza, es evidente que sería una cosa linda si fuese producido por poderes competentes.

—Es cierto, dice el cuervo viejo mirando al interlocutor con ojo afectuoso.

El delator siguió:

—Estoy obligado a añadir, a lo ya dicho, que

los mismos canarios estan descontentos con el agua sucia del arroyo adonde van a beber. Algunos aún se han atrevido a soñar con la libertad.

El pájaro viejo intervino:

—Estos canarios son siempre los mismos! Por otra parte eso depende de su juventud y no son de ninguna manera peligrosos. Con la libertad hasta yo mismo soñaba cuando era más joven: ciertamente con modestia... Después eso pasó. He adquirido otra, y esa si—eh, eh—más real, más necesaria, y, vosotros lo sabeis, más agradable al pájaro, eh, eh...

Se oyó un murmullo. En las ramas del tilo aparece un pinzon dispuesto para el servicio; saludó a los pájaros con benevolencia y tomó parte en la conversacion.

—Pero no sentís señores, alguna cosa en el aire?

—Es la primavera, Excelencia, responde el pájaro, mientras que el cuervo bajaba la cabeza produciendo un sonido dulce como el balido de un cordero.

—Ah, jugando ayer a las cartas, el buho que apenas ha recibido sus títulos de nobleza, me confesaba que sentía en el aire algo de insólito. (*) Le repuse: «Observaremos, anunciaremos; después referiremos.» Talvez no tengo razón, eh?

—Justísimo, Excelencia! muy juicioso! dice el pájaro viejo respetuosamente. Es preciso estar en expectativa, Excelencia: un pájaro serio espera siempre.

En aquel momento la alondra llegó, como bajada del cielo, se detuvo en un ángulo del jardín y murmuró saltando con aire inquieto:

—...Y la sonrisa de la aurora apaga tiernamente las estrellas en el cielo; la noche palidece y tiembla y, como hielo al sol, una cortina densa se desgarrar, mientras el corazon repleto de esperanzas respira con suavidad y ligereza la luz y la libertad.

—Vamos, que pájaro es ese? preguntó el pinzon entrecerrando los ojos.

(*) Algo que no es común.

—Es la alondra, Excelencia, repuso con severidad el joven cuervo oculto detrás del camino.

—Es un poeta, Excelencia, agregó indulgentemente el pájaro.

El pinzon miró aun con desconfianza a la alondra, murmurando enseguida:

—Hum, aquella gris... canalla! dice. Ella no ha hablado de luz y de libertad, eh?

—Ciertamente, Excelencia, respondió el cuervo.

—Ella es la que despierta inútiles esperanzas en el corazón de los pájaros jóvenes. Eso es peligroso y estúpido.

—Tiene usted mucha razón, Excelencia, confirmó el pájaro viejo; eso es muy estúpido. La libertad es una verdadera ilusión, por no decir una cosa intangible.

—Sin embargo, sino me equivoco, también usted la invocó en otro tiempo?

—Es verdad, repuso el cuervo.

El pájaro se turbó.

—En efecto: dice, en otra época yo también la he invocado, Excelencia, pero había circunstancias atenuantes.

—Ah! y cómo explicar eso?

—De este modo, la invoqué durante una comida y bajo la influencia de los vapores del vino. Por otra parte la invoqué con restricciones.

—Y cómo?

—Si, Excelencia, yo dije dulcemente: *Viva la libertad!* pero he agregado inmediatamente en voz alta: *dentro de los límites legales!*

El pinzon miró de nuevo al cuervo.

—Es la verdad, Excelencia, respondió aquel.

—Por otra parte, dijo el pajarraco, en mi calidad de pájaro cortesano no puedo permitirme el examen serio de este asunto de la libertad, porque no corresponde al departamento a que tengo el honor de pertenecer.

—Es verdad, dijo el cuervo, al cual le importaba bien poco lo que él aprobaba.

En aquel momento se oyó entonar a los arroyos del camino una canción en honor del río adonde desembocaban y de su porvenir.

—Las ondas anchas y rápidas vienen a juntarse, a formar una masa, a lanzarse al mar y tal vez desde allí los rayos ardientes del sol las conducirán al cielo, de donde regresarán a la tierra convertidas en fresco rocío, o en lluvia o en nieve.

El sol espléndido y acariciador de la primavera sonreía en el cielo puro, como un dios lleno de amor, animado de la ardiente pasion de crear.

Sobre las ramas del viejo tilo, un vuelo de canarios se detuvo, y pronto uno de ellos cantó a los compañeros la cancion del *Anunciador de la Tempestad*.

El anunciador de la tempestad (*)

Cuando las nubes se acumulan sobre la mar gris, entre ellas y las olas, parecido a un lampo, vuela el fiero *Anunciador de la Tempestad*. Vuela y desflora la onda con un ala y con la otra rasga las nubes. Grita y las tinieblas escuchan con alegría su voz. En sus reclamos se siente la cólera, la pasion y la fe increíble en la victoria.

Mientras tanto las gaviotas gimen, se agitan sobre el mar, prontas a desaparecer en la profundidad de las ondas y esconder allí su espanto. Tambien los pichones, ignorantes como estan de la alegría de la lucha, gimen asustados con el retumbo del trueno. Y las almejas (1) ocultan detrás de las rocas su carne grasosa.

Solo el *Anunciador de la Tempestad* combate ahora valeroso y terrible sobre la mar hirviente. Las nubes cada vez se ponen más negras y arropan al mar. Las olas rabiosas silban de cólera y luchan desesperadas con la tempestad. El huracan las arrolla en su tenaz apretón y con un impulso salvaje las revienta en las rocas que se cubren de polvillo, de gotitas verdes y de lucientes

(*) Es el *albatros*, ave marina y procelaria.

(1) Chuchecas.

esmeraldas. El *Anunciador de la Tempestad* recoge y lleva en las alas la espuma de las olas y se ríe, se ríe y solloza; se ríe de la tempestad, solloza de alegría. Ha comprendido que el rayo pronto se refrenará en su ira y que las tinieblas no ocultarán mucho tiempo la faz radiante del sol; mientras tanto la tempestad ruge y el rayo revienta. Sobre el abismo del océano girones de nubes se incendian de un vivo fuego azulado. El océano agarra los relámpagos, y los hunde en sus tenebrosas profundidades. Y los relámpagos antes de hundirse se arrastran como serpientes sobre las olas.

«*La tempestad, la tempestad!*» grita su anunciador dominando el océano enfurecido y anunciador de la Victoria, todavía grita: «*Que estalle la tempestad más fuerte aún!*»

CONTENIDO

	Pág.
RETRATO DE GORKI.....	1
REGLONES AUTOBIOGRÁFICOS.....	2
EL HOMBRE Y EL PENSAMIENTO.....	3
EL KHAN Y SU HIJO.....	10
ANTE LA VIDA.....	18
UNA... QUE YA NO EXISTE.....	20
UN LIBRO MOLESTO.....	24
LEYENDA VALACA.....	29
PARÁBOLA DE LA TIERRA JUSTA.....	30
EL RELOJ.....	31
MELODÍAS PRIMAVERALES.....	35
EL ANUNCIADOR DE LA TEMPESTAD.....	39



¿Qué está
pensando?

Todo el mundo piensa como puede mejor emplear su capital y sus economías, para que lo tenga bien asegurado y le produzca buenas utilidades.

Está bien probado que aquí no hay como la

Sociedad Librera de Font y Cía.

— para seguridad y buena producción —

NEGOCIO PROBADO

MANEJO A LA VISTA

DINERO A LA ORDEN

Los treinta y pico de socios que forman la Sociedad es buena garantía de este aserto y pueden informar de esta razón.

Las acciones son de cien colones y es aceptable cualquier cantidad desde diez colones en adelante.

Pidan informes al

Socio Administrador,

Antonio Font.

Por todas
partes
se dice
lo mismo



Todo el
mundo
pregona
igual cosa

No hay necesidad de mandar agentes

Cada comprador es un propagandista de la casa

Contados son los

MUNICIPIOS,
JEFES POLITICOS,
JUNTAS DE EDUCACION,
y PRINCIPALES OFICINAS

que no compren en la conocida casa **FONT y Cía.**
Todos, ó casi todos, han probado la baratura
de esta casa.

**¿Cómo van á pagar más
si lo consiguen por menos?**

La casa más bien surtida, más barata
y mejor atendida,
probadlo, es la

Sociedad Librera de Costa Rica
FONT Y CIA.

Benjamín Bolaños.—En Poás: Víctor M. Cabrera.
—En San Ramón: Federico Salas.

Suscritos al libro de *Poetas* de Billo:

Vienen 120.—En San José: Hernán Cortés, Arturo Torres (2 suscr.), Roberto Castro U., Oscar Padilla, Eduardo Carrillo (2 suscr.), Arturo Volio, Manuel A. Castro, Emiliano Brenes, Enrique Sancho, Solón Corrales, Nicomedes Jiménez (2 suscripciones), José M. Alvarez, Tomás Povedano (2 suscr.), Ricardo Coto F., Elías Leiva, Aniceto Odio, Ramiro Aguilar, Juan Pollini, Enrique Pinto, José M. Alfaro C., (2 suscr.), Salomón Castro (2 suscr.), Juan Dávila (2 suscr.), Próspero Calderón (10 suscr.), José M. Jiménez (2 suscr.), Editor de ARIEL (20 suscr.) Víctor González F., Rafael Eduarte S. (4 suscr.), Claudio Castro S., Manuel Argüello de Vars (10 suscr.) y Rafael Castro Q. (2 suscr.)—En Tres Ríos: Victorio Coto C., Asociación Libre, Ruperto Monje, Próspero Rodríguez. Juan Bta. Fonseca (2 suscr.) y Napoleón Sanabria F.—En Alajuela: Dr. M. Cabezas (2 suscr.) y Carlos Calvo F.—En Heredia: Roberto Brenes Mesén (100 suscr.) y Gonzalo Sánchez B. (5 suscr.)—En la Ciudad de Sto. Domingo: José Ortega.

Total de suscripciones:

Para libro Amaya. . . .	48
» » Brenes. . . .	63
» » Billo. . . .	315

Para el libro de Billo ya tenemos el nº de suscripciones que se necesitan para pagar la edición, de modo que pronto lo publicaremos.

Para los otros libros necesitamos por lo menos 300 suscripciones.

Animamos á los maestros para que nos ayuden á conseguirlos. Esta es la oportunidad de ir haciendo textos nacionales, buenos y baratos. Otras personas nos han prometido otros textos, en el caso, de que el público apoye la edición de los presentes. *No es preciso que nos manden el dinero por adelantado. Ese lo cobraremos á la presentación del ejemplar.* Ahora lo que deseamos es la promesa de apoyo.

EDICIONES "ARIEL"

Raíces Indogermánicas de la Lengua Castellana

por Roberto Brenes Mesén

En esta pequeña obra el autor estudiará más de un centenar de las raíces fundamentales de nuestra lengua. Lo que en Costa Rica y fuera de aquí es corriente entender por raíces, es un conjunto de etimologías griegas ó latinas; pero muy rara vez se trata de las verdaderas raíces indogermánicas del Castellano, que tanta utilidad prestan para el aprendizaje de otras lenguas afines y para el dominio del vocabulario de la nuestra.

Aunque la obra no tendrá una presentación pedagógica, estará al alcance de los maestros y será indispensable para los profesores. La obra ha nacido precisamente para satisfacer esa necesidad fuertemente sentida por el autor.

El Editor de esta COLECCIÓN recibirá suscripciones á esa obra que constará de menos de 100 páginas y cuyo valor no será superior á 0-50 céntimos.

NOCIONES DE GEOMETRIA

por Pedro P. Amaya

Es un textito que comprende el estudio sistemático de toda la materia contenida en el programa oficial de Geometría de las Escuelas Primarias de Costa Rica. Va ilustrado con más de 70 figuras; contiene más de 200 ejercicios numéricos y problemas de aplicación á las industrias. El ejemplar no valdrá más de 0-75 céntimos. Los que deseen suscribirse pueden avisarlo al Editor de la COLECCIÓN ARIEL ó á los agentes.

Si los maestros apoyan la publicación de los dos anteriores libritos, comenzaremos con ellos una serie de textos nacionales que puede adquirir gran importancia. Para empezar es preciso que tengamos las suscripciones que se necesitan para pagar los gastos d imprenta.

Editor:—GARCÍA MONJE